

FÍGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En
Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado.
Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva,
Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon.
Anuncios y preguntas á precios económicos.

Octubre 19.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 32.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPITULO III.

*De la formidable aventura acaecida al Caballero
de Los Leones que pudo haber dado fin á esta
historia en su mismo principio.*

—¡San Francisco! exclamó Sancho Panza: ¡malaventurado de mí, y qué resoplido! ¡y qué entonos y arrequivés mas desalmados! ¡ni qué otra cosa podía esperarse del gran brujón de las barbas! Y levantándose y andando con trabajoso torcimiento, entrambas manos en los riñones, fué á requerir el jumento, al cual, como si lo entendiese, decía, mientras arreglaba la jáquima y albarda:

Alzáos, hijo, que bien podeis daros por satisfecho del modo como os volvieron á nueva vida; pues ayuda para el desentierro no os faltó, por vida mía, antes de sobra la hubisteis segun habeis rodado la ladera abajo! ¡Mala peste para las caballerías y encantamientos! ¡y qué bien digeron los sábios, morfos y vereis lo que os pasa!

Don Quijote, entretanto, tendido en tierra cuan largo era, extendidos los brazos y mirando al cielo, polvoroso el rostro y empolvado el cuerpo, cantaba en diverso tono el mismo asunto y exclamaba de lo íntimo de su alma:

¿Dónde estais, señora mia,

Que no acorreis á mi mal?

O no le sabeis, señora,

O sois falsa y desleal.

¡O noble Marqués de Mantua

Mi tío y señor carnal!

Porque en su estupor el molido caballero habia perdido toda buena cuenta de parentescos. Solo Rocinante quedó en pié, pues habiendo sido elevado muy á lo alto por la fuerza del viento, debió caer segun ley de gravedad, y consta que las herraduras sobrepujaban el peso de todo el cuerpo, que por esta causa vino al suelo derecho. Y una vez llegado Sancho, con el rucio del cabestro,

adonde estaba su amo y señor, ayudó para que Don Quijote subiera á gatas sobre Rocinante, por lo mal trecho y molido que el caballero se encontraba. Y comenzaron á caminar por la verde llanura.

—En mal hora, Sancho, os fué y llegó el antojo, dijo el de la Triste Figura, de entrometeros en la conversacion del señor Atapuerca, y varias veces os tengo reprendidas semejantes demasías sin provecho; y lo peor de todo, que por culpa vuestra la relacion del venerable quedó sin conclusion, y por lo tanto imperfecta, sin que atine yo modo ni manera alguna de añadir el hilo roto de aquel discurso.

—No daba yo, respondió Sancho, en que su merced se ahogase ahora en esa agua habiendo tanta otra de por medio.

—Algun sándio, prosiguió Don Quijote, llamaría esta salida de pié de banco; digo esta que hemos tenido de Atapuerca; pero, bien mirada, no estribó más que en vuestra curiosidad impertinente; sobre que yo no alcancé ni pude disponer del tiempo necesario para que vos, Sancho, saliérais del alcazar encantado como debiérais, pues ya visteis y conocisteis lo precipitado de este asunto; de otra suerte otro gallo os cantara ahora, pero,

Si tantos halcones la garza combaten

A fé que la maten, y no es vil morir.

Y tambien os persuadireis de que se dijo con mucha razon, *Intus Nero, foris Cato*.

—Deme, pues, añadió Sancho, ese unto y le cataré cuantas heridas le hallare á su merced en todo su cuerpo.

—¡Hombre! dijo Don Quijote; lo que te digo en latin es que hay quien es Neron por dentro y Cato por fuera.

—Ese será Cato zonzorino, dijo Sancho.

—No es zonzorino, sino censorino, ó censor, dijo Don Quijote.

—Bien están esos versos y latines, añadió Sancho; y yo procuraré en adelante haber á la mano media docena de ellos para sacarlos cuando quiera que sea menester; que bien

veo como se cubre en latin lo que no puede taparse en castellano. Y soy mas que agradecido á su merced por lo bien que quiso sacarme de Atapuerca; y tu que no puedes llévame acuestas; y á vos lo digo, esposa, porque lo supiere la suegra, y cuidados agenos matan al amo.

—Mas no has de negar, dijo D. Quijote, que es todo bien empleado porque así puedes dar fe de esta pasada aventura, que es máxima.

—Es la mas levantada y hundida cosa del mundo, dijo Sancho, gracias á ese Neron ó Cato que su merced ha dicho, y así salimos de airosos y aireados.

—En eso de salidas, digo que hay muchas, contestó D. Quijote; y es asunto en que nadie debe ser osado á introducirse; las mas veces salir basta y es harto, que de salidas pocas hay derechas.

—Quitado que sea aparte Rocinante, dijo Sancho.

Contestar queria Don Quijote cuando comenzó á percibirse al lejos rumor sordo y continuado cual de oculto volcán, y además ruido de hierros ó cadenas que se chocan ó enredan ó que arrastran; y venia en aumento tal que se estremecía la tierra y retemblaba, todo lo cual confundió á Sancho tanto como enardeció el valor y la osadía de D. Quijote.

—Ya está aquí, gritó el caballero, y hora es de ver si murió ó si vive aún Don Quijote de la Mancha.

—¿Qué diablos trama su merced? preguntó Sancho en voz temerosa y entrecortada.

—Esto es, ni mas ni menos, dijo Don Quijote, que el mago endemoniado mi enemigo, mal parado y rabioso por mi vuelta al mundo se deshace para espantarme en niñerías. ¡A mí cadenicás! ¡á mí ruidicos! ¡Sancho! morir es preciso ó vencer este gran trance!

—No ha de ser así como su merced intenta, contestó Sancho; que yo he oido decir que el valor es medio entre el temor y la osadía; y presuponiendo que esta última toque y per-

tenezca á su merced por su profesion y aquel otro al villano que asustado huye del peligro, á mí atañe la prudencia de no caer en uno ni otro extremo; y permanecer en ese montezuelo, que es como justo medio. Y clavarme he en su suelo que no me muevan ni con tornos.

Y entonces se vió venir, aún á buena distancia, como un pueblo con sus casas, todas en muy buen orden colocadas, guardadas á modo de calles debidas distancias; y dijo D. Quijote:

—¿No te parece, Sancho, que de lejos viene á nosotros toda una ciudad con sus palacios y granjas y campanarios? ¿No te admira su marcha magestuosa? ¿no te sorprende el concierto de los edificios de tanta excelsitud é incomparable arrogancia?

—¿Que si veo! dijo Sancho; ¡bonico que soy yo para eso! ¡y otros gatos habrán de echarme á mí á la cara que no ese desalmado! ¡Y que no trae el jayan menos de una docena de pueblos con sus muros, barbacanas, adarves, minaretes, fosos y estacadas!

—¿Y qué aunque viniese á mí toda una legion de ciudades y de pueblos! ¡ni qué se me diera á mí de semejante despilfarro! Mas ya caigo en la cuenta, Sancho; y es que llegó el tiempo marcado por los hados en que han de reunirse en una todas las gentes, y así se han declarado todas en viage; por lo que no me fuera extraño que pasáramos revista á todo el universo sin movernos ni un dedito solo de este ribazo.

—Procesion larga ha de ser esa, dijo Sancho, y de largo cuento.

—Ahora, prosiguió D. Quijote, antes que venza y mate esa jamás vista comitiva, es bien limpies tus ojos y mires y veas si hay aquí rebaños de ovejas ó de carneros, ú otro género alguno de animales, no tengamos despues otra cual la de marras.

Digo y juro cierto, contestó Sancho, que aquí no hay animal alguno sino yo que en tales aventuras me entrometo; y que es cierto que esos pueblos se desmandan por esos campos de Dios, lo que no puede ser otra cosa sino que los llevan y conducen como mil legiones de diablos coronados.

—Adios, amigo, dijo Don Quijote, y se dirigió á todo trote de Rocinante contra el bárbaro enemigo que en su imaginacion se representaba.

Y no era el suceso otra cosa alguna sino un tren de mercancías que transportaba de un punto á otro las casetas de su servicio con otro gran número de menesteres.

Y á lo mejor de su carrera quedóse clavado Rocinante á causa de la escarpa y desmonte con que se encontró repentino, no menos que de la zanja ancha y llena de agua. Desahuciábase á gritos, amenazas é imprecaciones Don Quijote; mas, visto que nada le era de provecho para salir de su forzado estancamiento, atribuyendo su desgracia á las ocultas artes del mago encantador que le perseguía, determinó tener paciencia y barajar, siguiendo el gran consejo del señor Durandarte en la terrible aventura de Montesinos.

Y así vió Don Quijote como iban pasando casas y edificios encadenados á rápida carrera, y multitud de diversos animales todos en sus habitaciones muy bien dispuestas; y dijo á su escudero que llega á ya á trote picadillo, conocida la tranquilidad de la aventura.

—¿Qué juzgas de esto? hijo mio: ¿tomas bien el pulso á este suceso? ¿Calculas la magnitud de lo que presencias? ¿Viste cosa como esta entre las imaginables? Ve, medita, di, concluye, que grande alma encierra este negocio.

—¿Que si esto tiene alma! respondió Sancho; pues ¿y qué será ya del mundo si saben andarse los pueblos ellos solitos? ¡Y eso de caminar en coche tantas bestias!

—No es tan nuevo eso último, replicó Don Quijote; pero juraste, Sancho, que no habia ninguna en esta aventura y á fé que erraste, pues las viste y las ví harto mas grandes que ovejas y carneros.

—Pues de hoy en adelante, añadió Sancho, juro no volver á asegurar lo que aseguré, pues hay tanto oculto animal donde menos se piensa, y en tan elevado y corriente lugar y puesto. Porque hago saber á su merced, que segun yo venia del montezuelo, advertí clara y distintamente como machos, caballos, bueyes y asnos sacaban muy formales las cabezas por las ventanas, bien que siempre hayan de sacarlas por alguna parte, cualquiera que sea el sitio ó lugar en que se encontraren, sin que vaya el caso por vía de encantamiento.

—Pues diera yo éste caso, exclamó D. Quijote, á los Amadis, Belianises y Reinaldos por ver lo que se hicieran! ¿Y de qué ries, Sancho?

—Ríome, contestó el escudero, de esos caminantes, y de la prisa con que van á esa junta ó cofradía que su merced dijo; y libreme el Señor de ser prioste.

—Y ries harto mal, repuso Don Quijote: pues, ¿y quién te dijo, gran ignorante, que consigue andar mas el que mas corre? diera yo entonces de barato el régimen y gobierno del mundo á las liebres y gamos mejor que á los prudentes caballeros y profundos sabios. En lo de juzgar, Sancho, anda con tiento, pues no basta aún para ello la mayor sabiduría.

En estas y otras razones andando divertidos, no por ello dejaron de observar y seguir con la imaginacion caballero y escudero la magestad del tren en marcha, el compás de su potente movimiento y el misterioso poder con que devoraba la interminable cinta de su vía.

—¡O Sancho! prorrumpia el caballero; ¡y qué campos, sucesos y andares son aquestos! No ya las magias son imaginaciones ni antojos, sino patentes realidades; y aun por ello párate y considera la paz de estas comarcas, la alegría y adorno de estos cármenes, el nivel, hermosura y limpieza de estas derechas sendas, el orden y concierto de los árboles, haciendas y mansas corrientes aguas. ¡O mundo de mis antiguos días, y donde están tus torres y tus muros, tus verdinegras, rechinantes atalayas, tus vedadas, adustas, inciertas vías, tu soledad doliente y pavorosa! Pues nadie ha presentado ni extrañado el formidable ruido de Atapuerca, ni la Santa Hermandad aún aparece.

—Si que el mundo es bola rodadora, dijo Sancho, y andar debe por fuerza gran camino; y para la su merced todas son flores, que lo que siento yo es el magullamiento de mi cuerpo y lo amilanado de mi ánima, y bien puedo decir de mis huesos que ninguno bien me quiere y están todos sirviéndome por fuerza en esta añadidura y recargo de vida que les recetan.

—No seas ingrata, menguada criatura, á los favores de los cielos ni á los tiempos, que por tu medio vienen á saber lo que antes ignoraban, replicó Don Quijote. Ahora, Sancho, entre otras largas y revueltas cosas, vas á saber lo que es una segunda vida de los hombres para responder á los que quieren volverse niños; y mira que es este un asunto que ha agotado el talento de los sabios.

—Pues no hay agotar talentos en eso, dijo Sancho, porque yo me toco, tiento, palpo y repalpo, y tan Sancho me topo como siempre lo fuí, y tan menguado me hallo como hasta aquí lo he sido; y de aquí saco, enhilo, ensarto y concluyo que esos sabios de

que su merced habla son niños de teta, y que esta segunda vida, si ha de añadir algo á la primera, es pesar y pena entre los entendidos y vicio y no mas para los pecadores por el mayor conocimiento que de las cosas lleva consigo.

—Conócesete, Sancho, replicó Don Quijote, que fuiste y eres escudero de caballero andante.

—Eso sí, repuso Sancho; y á la niña su madre alaba y basta; y mírenme y verán maravillas; cuanto mas, que de amigo á amigo y de compadre á compadre, chince en el ojo; y el que no quiera lástimas no vaya á la guerra, y en cuanto escarbó el gallo topó el cuchillo, y aun no comenzamos y ya la empringamos.

—Da por enristrada, Sancho, otra docena y media de refranes y pasa adelante, dijo Don Quijote.

—Si que no con quien naces sino con quien paces, y dime tú quien eres y te diré con quien andas, que es refran boca abajo pero verdadero, contestó Sancho.

—Respondiérate, añadió D. Quijote, si me viniera en gana, pero, te hago saber que no la tengo, por vivir solamente de mis hondos pensamientos.

—Así hago yo muchas veces, replicó Sancho, porque nadie sabe lo que aprovecha un silencio guardado á su tiempo, y el callar ha acreditado á muchas gentes, que á haber hablado sabe Dios y el Preste Juan adonde llegarán en ignorancias; y ahora se me acuerda, señor Don Quijote de mi ánima, y señor mio, que yo no he resucitado en Atapuerca como su merced se ha levantado de su sepulcro.

—¿Como es tal? interrumpió Don Quijote.

—Como que el señor Cid-Comete-Berengenas en la historia antigua de las caballerías de su merced, contestó Sancho, nada dijo de mi muerte ni por pienso.

—Cide-Hamete-Ben-Engeli, mi cronista, y no como tú dices, fué entendido caballero en todas sus cosas, replicó Don Quijote, y no hay meterse en ellas.

—Cierto que es así, añadió Sancho, y aun por eso le volvió á su merced el juicio antes de la muerte, que fué como volver una media; y es que Aliquando algunas veces duermo con el buen Romero.

—¡Hombre de mil demonios!, gritó todo escandalizado Don Quijote, ¡y qué es lo que has dicho! ¡qué romeros ni qué tomillos, ni qué diablos que te lleven á Lilaila! Aliquando bonus dor-

mitat Homerus significa que hasta el gran Homero se distrae algunas veces, que es como decir, que todos somos hombres, y debes devolver al punto la honra que quitaste.

—Sí, haré, dijo Sancho, y aunque lo irrisorio siga á lo principal, digo que yo no morí, bien que su merced se muriera, y genio y figura hasta la sepultura.

Enmendar quiso Don Quijote el *irrisorio* de Sancho, trocándole por *accesorio*, cuando volvió á resonar y retumbar el rumor sordo entremezclado de silvidos de serpiente que se abrasa en llamas; y una negra nube de denso humo se elevaba á la atmósfera dibujando en el aire la ruta de su espantable caminata; mientras que la tierra toda tiritaba.

—Aquí de la caballería, Sancho amigo, exclamó como furia D. Quijote, y aquí á la segunda va á ser Troya, que el campo es llano y noble la batalla.

Ves ahí ya al gigante Briareo, Egeón por otro nombre, el de las cien cabezas y brazos ciento, hijo del gran Titan, que es el mismo Océano, y de la seca tierra, por lo que así corre como nada, y así traspasa y taladra el mar como rocas y montañas. Ves ahí, ó valeroso é ínclito escudero, como vuelve á mí otra vez colérico y sañudo, sangriento y vengador de un anterior, reciente descalabro, rojos los ojos ardiente el vientre inmenso, figurando serpiente del averno. ¡Pues se figurará no le conozco!

Y dando de espuela á Rocinante partió á toda carrera contra el expreso tren que iba á Vitoria. Y quiso la suerte, que, conociendo el maquinista la locura y desesperacion de aquel hombre, que á tan segura muerte se exponía, diese salida y chorro al vapor por las llaves de los cuerpos de bomba fronteros á las ruedas de la máquina, con lo que comenzaron á salir dos plumeros de agua disparada, uno de los cuales fué próximo y derecho contra las cabezas del caballo y caballero al subir el escaso terraplen de aquella via, lo que bastó y sobró para sorprender, remojarse y aturdir al uno y otro, y derribar luego de la silla abajo á D. Quijote.

Sancho huía á mas huir por la campiña á todo galope de su modesto bagage, atolondrado, atónito y confundido, haciendo de los pies y manos alas que parecia avestrúz despavorido, y continuó por largo espacio hasta alcanzar un cotarro sobre el cual reposó, se santiguó y dió verisimas é inacabables gracias al Todopoderoso

con la mas fervorosa y contrita oracion que supo decir en todos los dias de su vida.

Mas, pasado un buen espacio, volviendo en sí y conociendo la falta que hacía á su amo y señor, comenzó á desandar lo andado murmurando.

—¡Medradicos quedamos con las mañas de estos tiempos! ¡Y apártese nora en tal el arrapiezo! ¡Alma de Caín el malo y que requebrajos! Aparta que te estrego, burra de mi suegro!

Don Quijote, todo averiado y contrahecho, palpóse el rostro y la armadura, y notándose húmedo de piés á cabeza se juzgó todo bañado en sangre, y aunque procuró levantarse, jamás pudo. Y en cuanto Sancho llegó á él, dijo el caballero:

—Cátame las heridas, hijo mio, que deben ser muchas y profundas segun se va á chorros la sangre de mi cuerpo.

—Pues, no muestra su merced tener alguna, dijo Sancho, sino el estar todo sanote como una manzana.

—¿Qué humedades, pues, son aquestas? preguntó lastimoso Don Quijote.

—Eso nadie como su merced puede saberlo, contestó Sancho, porque no se ve gota de sangre.

—Digo, redigo y juro una y mil veces, prosiguió Don Quijote, que no tuve miedo alguno en esta mi vencida contienda y jamás oída batalla.

—No lo dije por tanto, prosiguió Sancho, sinó que veces hay en que no sabe el hombre lo que se hace.

—Basta de eso, repuso Don Quijote, que no se hizo la miel para la boca del asno; y ayuda que me levante y levanta á Rocinante que parece mal trecho en el barranco.

—¡De mieles me libre Dios! replicó Sancho; que la muger y la camuesa por su mal se afeitan, y defiéndame la fortuna de cuellos escarolados.

—¿Pues nada viste, Sancho, adónde marchaste?

—A aquel montezuelo, dijo Sancho, donde buscar un garrote con que ofender á el gigantón y defender á su merced, pues hallábame desarmado.

—Pues, saber has que el vientre de Briareo no es sino gran palacio de salones infinitos, alumbrados de lámparas sin cuento, adornado de hermosísimas doncellas, en su cautividad aun contentísimas.

—¡Poder del gigantón! exclamó Sancho; ¡y allí estaría, por ventura, la señora Dulcinea!

—Ya me vino á las mientes, dijo Don Quijote; pero sin duda no es lle-

gada la sazón de este negocio. Ella debe vivir pues que yo vivo, y de ello punto y basta.

Por la fiscalía de imprenta se nos hace saber que ha sido denunciado el número 1.º del periódico titulado «El Deber» que se publicó en Soria.

A CERVANTES.

TROVA.

Non es de mi péñola, asáz mal tajada,
Trovar una cántiga tu gloria ú honor,
Ni sabe mi musa cantarte, ¡coitada!
Ca fué ya tu gloria por otros cantada
Con eco mas suave y encanto mayor.

Oí, pero, atento que al alba del día
Trinaban las aves, facian cantar,
E maravillaba la dulce armonía,
Bien que entre los cánticos y el ave que pia
También del insecto se oyese el zumbar.

E dixe; non solo con ecos arpados
Se dice la fabla que alaba al Señor,
Que es bien todos seres que del son criados
Con las sus sciencias esten obligados
A facelle culto agradecedor.

E así cual insecto que pasa la vida
En su homilde suelo, mortal, baladí,
De amor esta trova te doy conmovida.....
Tan solo mi lira llegó á ser tañida
Por ser tributaria, Cervante, de tí!

Manuel M. Añibarro Rives.

Para aplausos á una tumba
Ni ha habido ni habrá otra España,
Mas quien los busque se engaña
Antes que al tiempo sucumba:
Tal y tanta es la balumba
De este amor propio español,
Que el mas pintado ababól,
O peor traza y pelage,
No da parias de homenaje
Ni al hijo del mismo sol.

Vase el día y enlutada
Larga noche el mundo inunda.....
¡Idea negra, infecunda,
Y falsa y acibarada!
Had, cual debes, tu jornada
De esta tierra en derredor,
Y hallarás cielo el mejor
Y luz mas clara, en reproche,
Cuando juzgas que es de noche
En todo tu alrededor.

Vi tus ojos y ví que son muy bellos,
Y por ver sin mirar tus bellos ojos
No advertí que son miseros despojos
De la mujer oculta detrás de ellos.

Cierralos, que evitados sus destellos
He de verte, mujer, tal como eres.....
Pero sin el primor de sus cabellos
No es posible admirar muchas mujeres.

Dó quíer que mi cuerpo va
Proyecta su sombra parda,
Y al compás que la luz arda
Mas ó menos negra está;

Y según la luz irá
Mi silueta contrapuesta,
Que es la condición funesta
De este mundo y de sus seres
La luz..... donde la encendieres,
Que la sombra no te cuesta.

Amor, no se donde irás
Según el tiempo te trata;
La escena te desbarata,
La novela mucho mas;
La canción es ya, quizás,
Tu mas sañudo enemigo;
Y si no vienes conmigo,
Del naufragio sola tabla,
Ni en el libro ni en el habla
Va á dar nadie ya contigo.

Escenas de Don Quijote
El hado me dió á escribir,
Porque te quiero advertir
Soy tonto de capirote;
Poca suerte lleva el lote
Y el billete costa mucha,
Pues la tuya es poca, escucha
Los hechos del caballero,
Que por otro tal dinero
No compras ni una babucha.

Sancho Panza, de la moda
Figurín el mas moderno,
Es el personaje eterno
De la historia humana toda.
No digas que te incomoda
Su necia refranería;
En todo caso sería
Un aborto el caballero,
Que lo que es el escudero
Es personaje del día.

El ANUNCIADOR VITORIANO tiene la bondad de dedicarnos las mas lisongeras frases por la publicación de la *Tercera parte de Don Quijote*; damos las mas expresivas gracias al amable é ilustrado colega por tanto inmerecido favor como nos dispensa.

Continuaremos nuestra Gramática latina en los siguientes números; la hemos suspendido un tanto por amenizar nuestro periódico.

EL TEATRO.

La Vuelta al Mundo.—Los Comediantes de Antaño.—El Secreto de una Dama.—El Anillo de Hierro.—Marina.—Sensitiva.

Decíamos en nuestra anterior Revista:—Prosiga la Compañía en su excelente intención que hay quien sabe estimar los esfuerzos..... cumple su objeto..... hay papeles bien dignos de mención..... El Sr. Taberner digno de aplauso. Todo se ha confirmado; las funciones cada vez mejor; y es que al actor le hace el público y al público la sensatez de la opinión y la previsión de la prensa. La escena se ha revestido de su artístico y noble carácter, el aura del sentimiento ha perfumado la atmósfera del espectáculo, y el público ha oído con interés y entusiasmo el *Conce, tante* final del acto segundo del *Ani-*

llo de Hierro con la *Introducción* al tercero; los bellos cantos y armonías del *Secreto de una Dama*, los ayes agradables de *Marina*, las delicadezas de *Sensitiva*, los motivos de *Los Comediantes*, y los festivos colores del panorama llamado la *Vuelta al Mundo*. Ya nuestro teatro no es solo una sociedad de solaces y diversion, es un Círculo adonde se muestran, gustan y ostentan lo bello de las Artes, lo profundo de los afectos. La Compañía tiene sobrados medios para ello y la enviamos nuestro parabien.

Sabemos, (y lo sabíamos antes), los alcances de la Sra. Montañés, su facilidad en la escena y su inteligente, escénica travesura, como hemos oído con placer el papel de Rodolfo en el *Anillo*, la amable declamación de la Sra. Pizarro, el decoro de los papeles de carácter; nada nos ha sorprendido de todo esto; pero en nuestro legítimo deber de trabajar para el Arte, misión propia de la prensa literaria, no podíamos prescindir de los autores de las obras representadas, de la tendencia de estas y su significación, por no estar nosotros siempre conformes con muchos pareceres de nuestros paisanos de Madrid.

Nos encontramos en una época muy difícil para el Teatro y procuramos un aliento verdadero á tan grande institución como delicada. Ahí están los géneos todavía luchando en su grave incertidumbre; los señores Zapata y Marqués lo son sin duda alguna, y se les ve en tal batalla á toda hora. El racionalismo musical les lleva á Alemania, mucho mas poseyendo como poseen la ciencia de la armonía lírica; la inspiración, el arranque de sus excelentes facultades les atrae á los alcázares del Arte, y cuando respirando por sí y haciendo por sí solos se elevan á las magestuosas regiones de su estética, llevando solo por compañera y timón á la cabeza, entonces brotan las epopeyas de Zapata y los encantos de Marqués. ¿Por qué agitar en pugna el corazón y la cabeza si una y otra son partes esenciales de un solo hombre? El corazón es rey del Arte; Mentor es la cabeza.

¿Será posible aventar la fragancia del *Secreto de una Dama* y de *Campañone*? ¡Imposible! La Música primero es un canto, un ¡ay! melodioso del afecto inflamado; luego para su expresión acepta la elocuencia de la Armonía, el progreso de la Instrumentación, la gallardía del Ingenio; pero si yo he de sentir, siente primero tu, Genio del Arte!

La Sra. Castañón siempre enérgica, y en carácter en su canto, inmóvil como roca en el final agudo; el Sr. Pastor con la franca libertad de su buena comprensión é inteligencia. Muy bien.

¿Fué justo nuestro aplauso al Sr. Taberner? ¡Y tan justo! como debe aplaudirse su cuarteto, y el esfuerzo de la orquesta y de los coros. Señores; salimos de la época y entramos por fortuna en el templo del Arte. ¿Será eterno Arderius?..... ¡Hay cosa que tal fatigue como la carcajada?..... ¡y la soportan los optimistas!

Imp. de la viuda de Villanueva.